Caminar con el diablo. Textos sobre arte, internacionalismo y culturas

Gerardo Mosquera

• Exit Publicaciones, 2010

Säyne Pamela Hernández



La antología *Caminando con el diablo. Textos sobre arte, internacionalismo y culturas*, del crítico e historiador del arte Gerardo Mosquera (La Habana, Cuba, 1945), no es una simple recopilación de trece ensayos escritos a lo largo de dos décadas (1992-2009). Más bien, su estructura como antología resulta fundamental para la historiografía del arte contemporáneo, pues permite rastrear la evolución del pensamiento crítico poscolonial frente a la consolidación de la globalización cultural. A lo largo de 174 páginas, Mosquera se posiciona con un manifiesto teórico que disecciona las tensiones geopolíticas entre lo local y lo global, y analiza el rol político del arte desde una perspectiva incisiva.

El libro sostiene que la inclusión multicultural es, a menudo, una fachada para el control simbólico y la reproducción de nuevas jerarquías coloniales. Mosquera desarma radicalmente la narrativa idealizada del arte internacional. Argumenta que la globalización cultural ha establecido un sistema de colonialismo simbólico que, si bien promueve la diversidad a nivel superficial, reproduce nuevas jerarquías de legitimación. La aparente apertura hacia la diferencia es, en esencia, una estrategia sofisticada de control que somete el arte periférico a los marcos simbólicos del centro.

Para Mosquera (2010), el problema fundamental es que la idea de lo universal en el arte ha estado históricamente disfrazada de lo occidental (p. 22). El autor subraya que esta universalidad es un concepto construido desde un lugar específico, creando una metacultura radial cuyo centro hegemónico dicta los cánones y condiciona qué tipo de otredad es admisible. De esta manera, el reconocimiento internacional se convierte en un proceso de adaptación cultural.

En esta lógica de control, la diferencia cultural sólo es admitida si se ajusta a criterios estéticos preestablecidos, transformándose en una mercancía simbólica dentro del mercado del exotismo posmoderno. Uno de los fenómenos más reveladores que el autor aborda es el auto-exotismo, donde el artista periférico magnifica rasgos culturales que se ajustan a las expectativas del poder dominante, perpetuando un *performance de la otredad*. Si bien el autor acierta en la descripción y crítica de este mecanismo de dependencia, es importante enfatizar que el texto deja abierta la interrogante sobre la formulación de alternativas viables a la lógica del mercado global.

Mosquera señala que, si bien esto puede ser interpretado como una forma de agencia, es principalmente una manifestación de dependencia simbólica (pp. 31-32), ya que la producción cultural se adapta a expectativas externas. Por consiguiente, el arte periférico se somete a una *curaduría invertida*, un concepto central en el libro. Este término describe el proceso en el que las instituciones occidentales, actuando como nuevos exploradores coloniales, controlan las decisiones sobre exhibición, interpretación y legitimación. El resultado es la imposición de una representación multicultural que sirve a la agenda institucional del centro, más que a los intereses de las comunidades representadas, perpetuando la separación entre lo local/cultural y lo internacional/artístico.

Esta imposición muchas veces trae consigo la apropiación cultural, un proceso común entre culturas, pero rara vez realizada en términos correctos o simétricos. No se trata de reproducir fielmente los usos del objeto, símbolo o práctica tomada, sino de adaptarlo productivamente a las necesidades de quien se lo apropia (p. 55). El problema surge cuando este proceso ocurre en con-

Säyne Pamela Hernández | Especialista en Historia del Arte. Universidad Nacional Autónoma de México.
saynehernandez27@gmail.com

Citar este artículo como: Hernández, S. P. (2026). *Caminar con el diablo. Textos sobre arte, internacionalismo y culturas*. Revista *Nodo*, *21*(41), julio-diciembre, pp. 161-162. doi: 10.54104/nodo.v21n41.2608

textos de poder desigual, donde el dominio y la subordinación influyen decisivamente, lo que es la realidad de muchas de las naciones de América Latina y África. En este sentido, el poder no busca necesariamente suprimir la diversidad, sino controlarla. ¿Qué paralelismo histórico presenta, si no la expansión del dominio de las potencias hegemónicas europeas durante el prolongado periodo de colonización que se extendió desde el siglo XV hasta el XX?. El asunto es que ahora no hay armas ni fuego, sólo autores no publicados, artistas no expuestos y un creciente despojo cultural.

Ahora bien, la crítica de Mosquera se vuelve especialmente incisiva en un análisis del mestizaje. El autor advierte que, si bien términos como *sincretismo* e *hibridación* son válidos para describir la complejidad cultural, en Latinoamérica se han convertido en clichés funcionalmente políticos que instrumentalizan el discurso de unidad para negar el racismo y las desigualdades estructurales. El argumento de Fidel Castro sobre la ausencia de población negra en el poder —"aquí todos somos negros" (p. 155)— ilustra cómo un enunciado simbólicamente potente puede borrar las jerarquías de poder.

Bajo este mismo tenor interpretativo y como argumento propio, considero que este análisis permite explicar espectáculos folclóricos como la *Guelaguetza* en Oaxaca (México). Esta festividad —de raíces prehispánicas pero bautizada y apropiada bajo este concepto por el aparato estatal— ha sido transformada por las instituciones en la máxima celebración de identidad regional. Aunque Mosquera no menciona este evento, su teoría de la adaptación a la demanda externa permite construir una narrativa disruptiva sobre dicha festividad; interpretándola como un mecanismo que, al proyectar una ilusión de homogeneidad, no sólo oculta las exclusiones internas y los conflictos étnicos subyacentes, sino que, además, se convierte en un espectáculo moldeado por el gusto foráneo. Dicho fenómeno ejemplifica una gestión de patrimonio cultural que, al buscar visibilidad global, termina adaptando la identidad de las comunidades a las expectativas externas.

Que este marco crítico formulado en el 2010 siga explicando con tanta precisión las políticas estéticas y artísticas de nuestro presente, confirma la vigencia de la obra, puesto que las dinámicas que el autor advertía hace más de quince años no han desaparecido, sino que se han sofisticado.

A mi juicio, el aporte más audaz y crucial del libro reside en el giro de la crítica hacia la propia periferia. Mosquera sostiene que el dominio cultural no sólo es responsabilidad de los centros hegemónicos, sino también de los dominados, ya que los elementos culturales, además de imponerse se asumen. Esto revela la existencia de un profundo problema de mentalidad colonial, donde la cultura periférica se ve impulsada a buscar la aprobación externa a cambio de su visibilidad, reforzando así la sumisión simbólica.

En conclusión, el libro *Caminando con el diablo* es una lectura obligada y profundamente transformadora para la teoría curatorial, la historia del arte contemporáneo, la crítica y la gestión cultural. El volumen cumple plenamente con su finalidad crítica. Además de descubrir y evaluar el panorama artístico actual, ofrece una visión rigurosa sobre sus estructuras de poder. El veredicto es claro. Gerardo Mosquera expone cómo la globalización del arte reproduce formas encubiertas de colonialismo.

Por lo tanto, la obra trasciende el mero diagnóstico y se convierte en una urgente llamada a la acción. El autor reclama una democratización radical de los circuitos de legitimación, al tiempo que cuestiona los significados profundamente arraigados de arte, diversidad y legitimidad cultural. Su esfuerzo reside en romper con la mentalidad colonial y la dependencia simbólica que el sur global ha llegado a internalizar. Para él, alzar la voz sobre los mecanismos de exclusión, la manipulación de los estereotipos y las relaciones de poder no es un ejercicio académico opcional; es más exactamente un acto ético y político esencial para la vitalidad del arte. La relevancia de este llamado a la conciencia posiciona al libro como un texto crucial para cualquier persona involucrada en la producción o mediación cultural.

La antología finaliza de manera contundente e inolvidable, infiriendo que la verdadera existencia cultural y política reside en la capacidad de nombrar las contradicciones. Lo que no se nombra, no existe, y este texto, al exponer sin concesiones las dinámicas de control y dependencias, se niega categóricamente a callar. Así, se convierte en una herramienta esencial y permanente para el debate, ofreciendo las bases para una resistencia intelectual, política y artística indispensable en la construcción de un campo artístico verdaderamente intercultural y equitativo. ●